

CONFIDENCIAS

(1897-1899)

OFRENDA

Hoy entre tus manos pongo enamorado
el devocionario de nuestros amores...
Sus raras mayúsculas de arcaicas labores
un monje, en las sombras del claustro, ha miniado.

Oirás las rapsodias del amor pasado;
canciones y versos de tiempos mejores;
risas y suspiros, y hasta los rumores
de todos los besos que en sueños te he dado!...

Todas las tristezas de mi vida loca;
trovas que no ha dicho mi boca á tu boca;
extrañas nostalgias de vagos países...

¡Cuidad este libro, manos adoradas!...
¡Oh, heráldicas manos de marfil, sembradas
de azules miosotis y cándidos lises!

TARDE. DE OTOÑO

I

Ya llegó el Otoño;
la estación de las vagas leyendas,
del castillo ruinoso y sombrío,
de los roncós mares y las mudas selvas;
de la virgen que muere de amores,
y las húmedas tumbas desiertas
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,
con medroso rumor cabecean!...

La tarde naufraga
en un mar de infinitas tristezas...

En el prado desnudo, del río
 por las solitarias mudas arboledas,
 su sudario de sombras flotantes
 extienden las nieblas,
 y la lluvia, entre nubes, desata
 sus collares de rítmicas perlas!...

Al caer, resbalan por las mustias hojas;
 del rosal en los cálices tiemblan;
 y humedecen el albo plumaje
 de las blancas palomas, que inquietas,
 en los altos aleros se arrullan,
 arrastrando sus alas de seda...

En las frondas suspiran los vientos
 y en la playa las olas se quejan...

¡El paisaje es tan gris y sombrío,
 que parece que el cielo y la tierra,
 conocen mis ansias
 y lloran mis penas!...

II

Ya llegó el Otoño...

Como un ¡ay! de amargura resuena
 en los secos troncos, el golpe del hacha...

Las tumbas desiertas
 que no tienen ojos que amantes las rieguen,
 el llanto del cielo, la lluvia, las riega!

Sobre el verde lago, cual vapor de lágrimas,
 flotan las neblinas, y revolotean
 cual medrosos fantasmas, los buitres
 y los cuervos que aguardan su presa!...

En torno á las vigas del patio morisco,
de donde su nido solitario cuelga,
una golondrina
silenciosa vuela...

Y aunque sueña con cielos azules
y verdes campiñas y auroras espléndidas,
huir de su cuna
le causa tal pena,
que sus alas de luz y de sombra,
temerosas se agitan y tiemblan;
y por el espacio, que ensombran las nubes,
tal vez para siempre, llorando se aleja!...

¡Santas esperanzas, nostálgicos sueños,
ilusiones brillantes y trémulas,
que dejáis vuestro nido en el alma
al ver que se cubre mi cielo de nieblas;
y soñando inmortales amores
estendéis vuestras alas ligeras,

tras las brumas de Otoño, buscando
el fulgor de lejanas estrellas...

¡Golondrinas de amor sois vosotras!...
Lo mismo que ellas,
os marcháis para siempre, llorando
al dejar vuestra cuna desierta!...

¡Id con Dios, mensajeras divinas
de amantes promesas!...

Os marcháis á anidar á otras almas,
y al perderos de vista, en las nieblas
que envuelven el cielo, suspiran mis labios
y mis ojos en llanto se anegan!...

III

Ya llegó el Otoño...

Enlutada la tarde se acerca...

En el mustio rosal que se enlaza
como sierpe amarilla á mis rejas,
una tísica rosa de nieve
al final de una rama blanquea...

Cuando el beso del aire ó la lluvia
á su tallo, al pasar, balancea,
se doblega agobiado su cáliz
y sus húmedos pétalos tiemblan...

¡Y parece que al verse tan sola
se deshoja, llorando de pena!

¡Oh, pálida rosa!... Tal vez esos pétalos
que hoy mis labios besan,
cuando surja la Aurora de nuevo,
entre mustio tropel de hojas secas,
hollará el pasajero que cruce
esos mudos campos y esas tristes sendas!...

¡Oh, mi virgen!... La pálida musa
que inspira mis cantos y sigue mis huellas;
el cálido nido
de mis ilusiones y de mis quimeras;
la última rosa
que al rosal de mis sueños le queda!...

¡Quizás, cuando un día
en tu busca vuelva,
de ese cuerpo que apaga mis fiebres,
de ese alma que calma mis penas,

sólo queden puñados de huesos
que pudra la tierra,
y un espíritu errante que flote
de las tardes de Otoño en las nieblas!...

Ya llegó el Otoño;
la estación de las vagas leyendas,
del castillo ruinoso y sombrío,
de los roncós mares y las mudas selvas;
de la virgen que muere de amores,
y las húmedas tumbas desiertas,
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,
con medroso rumor cabecean!...

ANGELUS

La tarde lenta declina
ensombreciendo el paisaje.

En el balcón, á los vientos
se deshojan los rosales...

La luz se va, ensangrentando
de púrpura los cristales,
donde la enferma, que siente
cómo se hiela su sangre,
con la frente entre las manos,
inmóvil y muda yace!

Está lívida. Sus manos
son dos rosas otoñales;
en el cielo de sus ojos
la vida empieza á apagarse,
y entre sus largos cabellos,
sobre la espalda flotantes,
tiembla, en un adiós de oro,
el tibio sol de la tarde.

— En qué piensas?

— En las rosas

que se deshojan al aire;
en la luz que se disipa;
y en las campanas que tañen
por algo que en mí comienza
hoja á hoja, á deshojarse,
como una rosa tardía
en los silencios del parque!

— Vendrá la dicha...

— No viene!...

Lo que yo espero, ya sabes
que nadie puede traérmelo
si la muerte no lo trae...

— ¿Qué anhelas?... Amores, besos,
placeres, glorias?...

— No, cállate!

Nada anhela esta tristeza
misteriosa é incurable,
porque sabe que en el mundo
todo es polvo y todo es aire...

— Te daré anillos de oro
para tus dedos exangues;
diademas para tu frente,
y para el cuello, collares...

— A mis dedos los anillos
agobian, y los collares
son serpientes que se enroscan
á mi cuello... ¡Dame, dame

en lugar de esos tesoros,
nueva vida y nueva sangre!...

Has que el sol de nuevo salga
á iluminar el paisaje;
que los árboles verdeen,
que florezcan los rosales,
y que un incendio de oro
brille alegre en los cristales...

Lo demás, de qué me sirve?...
La vida es triste... No vale
ni los besos que me diste
ni las penas que pasaste!...

Siento que algo se deshoja
en mi alma y en mi carne...

¿Se irá á deshojar mi vida
como esos mustios rosales?... —

Vuelve á tañer la campana;
se va esfumando el paisaje;
y agitando su incensario,
cuyos vapores flotantes
dan á la tierra un perfume
de tristezas otoñales,
en un vuelo de oro y púrpura,
al cielo se eleva el Angel!...

ROMANTICA

Bajo las tinieblas de tus negros rizos
desfallecen de amor tus miradas,
cual la trémula luz que agoniza
en la etrusca lámpara
que alumbra la alcoba, donde te sorprenden
embebida en lecturas románticas,
con sus llantos de sangre la tarde
y con risas de luz la mañana!

Y son tus mejillas
sedosas, tan pálidas

como las del Cristo de marfil que vela
 tus pudores de virgen cristiana,
 en la cabecera del lecho de sándalo,
 donde en noches de ardientes nostalgias,
 te agitas convulsa como una pantera
 que encelada se estira en su jaula!

Tus labios son pálidos como esas camelias
 que en tu triunfo de fiestas mundanas,
 entre los encajes que velan tus senos
 tiemblan cual fulgentes estrellas de plata.

Y tu risa recuerda las notas
 que escuchas, de codos puesta en la ventana,
 cuando las primeras lluvias otoñales
 sus collares de perlas desatan
 sobre el valle, que cubren las nieblas,
 igual que los sueños invaden tu alma!

¿Qué te pasa, mi bien? ¿Por qué inclinas
 la frente y se cubren tus ojos de lágrimas?

¿Por qué en la alta noche te apoyas inmóvil
 del balcón en las áureas barandas,
 y fija en la luna
 te quedas extática?

¿Por qué te sorprende la luz del crepúsculo
 ó te besan los rayos del alba,
 consultando amores á las margaritas,
 en un banco del parque sentada?

Yo sé que tú sientes
 imposibles ansias;
 y que soñadora
 entre las tinieblas, como una sonámbula,
 caminas buscando los cielos soñados
 en tus horas de ardientes nostalgias...

Yo sé que en las noches de insomnio, la fiebre
 arde en tus entrañas,

corre por tus venas y relampaguea
á través de tus negras pestañas...

¡Oh, almas tristes, neuróticas vírgenes;
mariposas que queman sus alas
en la fúlgida luz del ensueño
que fulgura en el fondo del alma;
sensitivas que cierran sus cálices
al contacto de manos profanas!...

¡Yo os venero, fantástica ronda
de tristes nostálgicas,
que marcháis del abismo hasta el fondo,
como Ofelia, tejiendo guirnaldas;
y cantando el amor que os condena
y besando el acero que os mata!...

Yo os venero!... Lleváis en la frente
el nimbo de oro que ciñen las santas,
en los labios sonrisas de mártires
y en los ojos anuncios de albas!...

¡Tú, mi pálida musa, la virgen
de negros cabellos y obscuras miradas,
que das luz á mis hoscas tinieblas
y perfumes de paz á mi alma!...

En tus horas de ardientes insomnios,
en tus noches de lúbricas ansias,
cuando tiemblan y saltan tus pechos
cual palomas blancas,
que al juntar en un beso los picos
ahuecan las plumas y agitan las alas,
¡yo quisiera tenerte en mis brazos,
y enjugar con mis besos tus lágrimas!